

El desencanto en la novelística divisionaria desde los años 50 hasta los 70¹

Valeria Possi

ABSTRACT

This article analyses the novels of Blue Division which were written between the 50s and the 70s by war veterans. They were focusing on the showing of authors and characters' disillusion, and on the reasons of the arising of this frustration feeling amongst the most purist activists of Spanish Falange. The frustrated idealism of the authors and their protagonists led those novelists to an evident intimate retreat, whose effects will be analysed in the study of the novels of Rodrigo Royo, Tomás Salvador, Carlos María Ydígoras and Eleuterio Paniagua.

Keywords: Blue Division, idealism, disillusion, failure, intimism.

El artículo analiza las novelas sobre la División Azul escritas entre los años 50 y 70 del siglo XX por los veteranos de guerra, centrándose en las muestras de desilusión de los novelistas y los personajes retratados en sus relatos, y las razones del surgimiento de este sentimiento desencantado entre los militantes más puristas de la Falange. El idealismo frustrado de los autores y sus protagonistas llevó a estos novelistas a un evidente repliegue intimista, cuyos efectos se analizarán en el estudio de las novelas de Rodrigo Royo, Tomás Salvador, Carlos María Ydígoras y Eleuterio Paniagua.

Palabras claves: División Azul, idealismo, desencanto, fracaso, intimismo.

¹ Este trabajo de investigación ha sido financiado por una beca posdoctoral de la Cátedra de Altos Estudios del Español (Campus de Excelencia Internacional "Studii Salamantini") de la Universidad de Salamanca.

Introducción

La novelística divisionaria escrita por los veteranos de guerra de militancia falangista, analizada de forma diacrónica, se puede idealmente dividir en dos grupos de obras, cada uno de los cuales comparte unas características ideológicas, formales y estilísticas concernientes a las maneras de novelar la experiencia de guerra en el Frente Oriental durante la Segunda Guerra Mundial.

Por un lado, las primeras novelas de tema divisionario, publicadas entre los años 40 y la primera mitad de los 50, son textos general y explícitamente ideologizados y triunfalistas, cuya recreación narrativa de la experiencia bélica en suelo soviético se fundamenta en la exaltación mística de la guerra. Esta asume rasgos líricos y simbólicos inferidos directamente por las consignas culturales de los fascismos nacionales y el falangismo español, de raíz y naturaleza a la vez mítica, esotérica e historicista (Mainer, 2013, pp. 20-22). Dichas novelas exponen algunos de los dogmas clave de la ideología falangista, a saber: el irracionalismo y el sentimentalismo en que se fundamentaban los lemas y los rituales de los militantes; la contradictoria fusión de anhelos revolucionarios y valores tradicionales; las arraigadas creencias religiosas y la concepción de la vida como servicio y milicia; la glorificación de la fuerza, la juventud y las virtudes masculinas; la interpretación de la guerra como necesidad histórica y moral; la importancia de la figura del héroe; y finalmente, el desprecio a la muerte y su posterior culto. Todo esto, bajo la égida del estilo falangista – que había de ser, entre otras cosas, orgulloso, alegre, servicial, impetuoso y heroico (Carbajosa y Carbajosa, 2003, p. 116) – y una retórica apasionada y rebotante de elogios hacia el fervor, la vehemencia de la juventud, la hazaña guerrera, el riesgo (Possi, 2017a, pp. 250-251). En este conjunto de novelas destacan obras como *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* (1944) de Rodrigo Royo; *Ida y vuelta* (1946) de Antonio José Hernández Navarro; *4 infantes 3 luceros* (1949) de Jaime Farré Albiñana; y *Rusia no es cuestión de un día* (1954) de Juan Eugenio Blanco, entre otras.

Por otro lado, hay un segundo grupo de novelas – escritas entre finales de los años 50 y los años 70 aproximadamente – que se alejan de los planteamientos ideológicos mencionados, pese a hundir las raíces en el mismo acervo político y doctrinario: el de ese sector de Falange que podría denominarse Falange Teórica, fundacional o hipotética (Núñez Seixas, 2016, pp. 109, 341; Penella, 2006, p. 13; Rodríguez Puértolas, 2008, p. 590). Esta corriente del falangismo, minoritaria y radical, permaneció fiel a lo largo de las décadas a los postulados originarios de la teoría joseantoniana, cuyo primer objetivo era la realización de la revolución

nacionalsindicalista, algo que, como es sabido, no encontró respuesta positiva alguna dentro de la evolución del régimen franquista².

Efectivamente, la División Azul se distinguió por “la limpieza de abolengo falangista” (Reverte, 2012, p. 22), por lo menos en lo que respecta a la llamada por los historiadores “primera División”, es decir, la primera leva de voluntarios que, debido a la ola de entusiasmo suscitada por la invasión alemana de la Unión Soviética la noche entre el 21 y 22 de junio de 1941, corrieron a alistarse a los banderines de enganche y salieron rumbo a Rusia hacia la mitad de julio del mismo año. En el relato divisionario siempre se incidió en la excepcionalidad de este hecho: así, por ejemplo, el narrador de *Campaña de invierno* (1943) afirma que la División no es una unidad de soldados azarosamente reunidos, sino un conjunto de voluntarios hermanados en una idea, la falangista (Errando Vilar, 1943, p. 37); mientras que el narrador de *Rusia no es cuestión de un día* (1954) refiere que en la segunda compañía de Antitanques en la que estuvo enrolado se encontraban tanto distinguidos miembros de la Vieja Guardia – Agustín Aznar, Enrique Sotomayor, Dionisio Ridruejo, etc. – como “dos Palmas de Plata de la Falange. Y algunos más con distintivos de recompensas que un día impusiera el mismo José Antonio” (Blanco, 1954, pp. 7-9). Asimismo, en *El Sepulturero* (1976) de Rodrigo Royo, se asiente que la División Azul estaba compuesta por voluntarios, prevalentemente universitarios, y que además los falangistas alcanzaban un noventa por ciento de los efectivos (pp. 82-83)³.

² Penella (2006, p. 59) afirma que una buena síntesis de los dogmas de la Falange Teórica se puede encontrar en una entrevista al aviador Julio Ruiz de Alda, aparecida en el único número publicado de la revista *El Fascio*, el 16 de marzo de 1933. En esta, Ruiz de Alda razona acerca de la necesidad imperiosa del resurgimiento en España de un Estado fuerte y consciente de su misión histórica, y regentado por un ideal nacional y universal, a la vez que compartido por el pueblo. Por eso, haría falta “un movimiento exaltado y violento, dirigido a las nuevas generaciones y con un fondo social grande, integrando a trabajadores e intelectuales. Un movimiento conducido por espíritus convencidos y dispuestos al sacrificio para que no resulte un simple acto de defensa clasista o de capitalismo cobarde” (“Julio Ruiz de Alda y su sentimiento de lo español”, 1933, p. 13). Los principios fundantes de la Falange originaria, de la que Ruiz de Alda estuvo entre los promotores, serían además la “unidad nacional, [la] tradición católica, [el] énfasis en la juventud, [el] antimarxismo, [el] antiliberalismo, etc.” (Ellwood, 1984, p. 44); junto al anticapitalismo, el elitismo, el militarismo y el belicismo, las nostalgias imperiales, la glorificación de lo varonil, el culto a la fuerza y la centralidad de los principios de autoridad, jerarquía y disciplina (Albert, 2003, p. 28; Ellwood, 1984, p. 38; Di Febo, 1991, p. 203; Mainer, 2013, p. 22; Pradera, 2014, p. 131; Rodríguez Puértolas, 2008, pp. 46-47, 51).

³ Es cierto que en las primeras expediciones divisionarias hubo un alto número de falangistas radicales – excombatientes de la Guerra Civil, *camisas viejas* y miembros de la Vieja Guardia, universitarios afiliados al S.E.U. y otras organizaciones falangistas (Moreno Juliá, 2015, p. 391; Núñez Seixas, 2005, p. 85; Núñez Seixas, 2012, p. 43; Salas, 1989, p. 253) –; y también, que la idea de la creación de la División Azul surgió en el ámbito del falangismo, a raíz de una cena en el madrileño Hotel Ritz a la que acudieron el Ministro de Exteriores Ramón Serrano Suñer y los

Los autores del conjunto de novelas divisionarias escritas a partir de finales los años 50, de publicación más tardía pues que las del primer grupo, comparten con esos novelistas la misma procedencia ideológica, permaneciendo fieles a la doctrina falangista que los empujó a tomar las armas y luchar contra la Unión Soviética al lado de la Alemania nazi. Sin embargo, lo que se aprecia en sus obras es que “los viejos militantes falangistas” empiezan a “lanzarse por los caminos del desencanto” (Rodríguez Puértolas, 2008, p. 716), alejándose del exhibido idealismo de la literatura precedente y de los tintes épicos y leyendarios que la caracterizaban. Esto porque esos autores, al escribir y publicar sus obras a partir de unos tres lustros después de los acontecimientos históricos novelados, ya pudieron asistir al viraje político del régimen en la posguerra mundial y a su “desfascistización” (Böcker, 1998, p. 16), así como a la expulsión de la memoria divisionaria del discurso público, algo que los escritores que publicaron sus obras justo después de la vuelta del frente a España no pudieron observar y razonar en el momento de composición de su narrativa, por obvias cuestiones cronológicas. Es además fundamental resaltar que el paso del tiempo influye en este segundo grupo de novelas divisionarias no solo porque los autores pudieron asistir a la manipulación de la experiencia divisionaria por parte de las élites franquistas, sino también porque pudo haber, y hubo, significativos cambios de perspectiva personal con respecto a las conductas pasadas. Pese a todo, los juicios de la madurez raramente renegaron de la militancia, la ideología falangista y el enrolamiento en la División Azul, sino más bien de las circunstancias políticas sucesivas y el cambio ocurrido en la España franquista.

Objeto del análisis de este artículo serán pues las muestras de desilusión de los novelistas y los personajes retratados en sus relatos, y las razones del surgimiento de este sentimiento desencantado entre los militantes más puristas de la Falange. Las novelas en las que se centrará este estudio son *División 250* (1954) y *Camaradas 74* (1975) de Tomás Salvador; *El sol y la nieve* (1956) y *El Sepulturero* (1976) de Rodrigo Royo; *Algunos no hemos muerto* (1957) de Carlos María Ydígoras; y finalmente, *Los hombres se matan así* (1961) de Eleuterio Paniagua.

Este contraste entre el triunfalismo exacerbado de las primeras novelas divisionarias y el escepticismo y derrotismo que afecta a la narrativa posterior se convierte en uno de los tópicos más reiterados, y en la clave de lectura para el

jerarcas Dionisio Ridruejo y Manuel Mora Figueroa (Moreno Juliá, 2015, pp. 65-66; Núñez Seixas, 2016, p. 59; Ridruejo, 2013, pp. 55-56). Sin embargo, los voluntarios falangistas entre 1941 y 1942 conformaron solamente entre un quince y un veinte por ciento de los divisionarios; por lo tanto, cabe afirmar que, aunque estos militantes siempre fueron una minoría, indudablemente consiguieron imponer cierta “hegemonía simbólica” que confirió “un claro barniz azul a las prácticas e imagen externa de la División” (Núñez Seixas, 2016, pp. 97, 70) por cómo se ha transmitido en la contemporaneidad y la posteridad.

ahondamiento crítico del género. Por eso, nos focalizaremos en el artículo en esas circunstancias textuales en que los autores elegidos se demoran en la representación del idealismo de los personajes y del sentimiento de decepción que los acompaña a la hora de darse cuenta de la insignificancia y el fracaso de su lucha. Central, en este análisis comparativo, será el rastreo textual del proceso de evolución política y personal que en muchos casos llevó a una generación de convencidos militantes desde el idealismo revolucionario de ascendencia falangista hasta un repliegue intimista debido a la decepción para con la trayectoria política del régimen y la situación internacional. Proceso que culminó a veces en el enfrentamiento abierto con las jerarquías franquistas, responsables del alejamiento de los objetivos perseguidos por la Falange y de la perpetuación de unos modelos de conducta gubernamental de corte ultraconservador, que no pudieron sino desengañar a aquellos que – como los divisionarios – creyeron en esos ideales revolucionarios hasta el punto de marchar voluntarios a la Unión Soviética para seguir en su lucha contra el comunismo después de la derrota del “frente asiático” en España⁴.

Frustración y desencanto: causas y efectos

La propagación de la noticia de la invasión alemana de la Unión Soviética motivó, en España y en los países europeos comprometidos con la Alemania nazi, un entusiasmo desmesurado, además de estimular el debate acerca del envío de tropas al recientemente abierto Frente Oriental (Moreno Juliá, 2015, p. 60; Núñez Seixas, 2016, pp. 48-51; Petacco, 2012, pp. 6, 12; Rodríguez Jiménez, 2012, pp. 101-102). El falangismo, uno de los sectores más abiertamente germanófilo del Estado franquista, contestó ardorosamente a ese llamado histórico, alegando sus dirigentes que la guerra contra la Unión Soviética era una nueva Cruzada, idealmente conectada con la de la Guerra Civil, en la que los españoles seguirían en su lucha contra el enemigo ontológico de las derechas, el comunismo, que acechaba ahora Europa entera (Moreno Juliá, 2015, p. 72; Núñez Seixas, 2013, pp. 25-26; Núñez Seixas, 2016, pp. 340-341, 392; Penella, 2006, p. 404; Rodrigo, 2013, p.

⁴ Emblemática es la figura de Dionisio Ridruejo, ya que su trayectoria biográfica y política “– desde el pleno compromiso inicial con el bando franquista durante la Guerra Civil y los primeros años de la dictadura hasta el exilio en Ronda en 1942-1943, el encarcelamiento en 1956 y su alejamiento rotundo del régimen – es ejemplar en este sentido tanto del desencanto de los falangistas más intransigentes como de su disconformidad para con las políticas franquistas de la posguerra” (Possi, 2017b, p. 51), que terminaron distanciándose de los objetivos revolucionarios de los falangistas integristas para amoldarse a las necesidades y los intereses de las fuerzas conservadoras como el tradicionalismo católico o las oligarquías agrarias y financieras (Bernecker, 1998, p. 33; Núñez Seixas, 2013, p. 45).

66)⁵. Rusia era, en palabras del Ministro de Exteriores Ramón Serrano Suñer, culpable de la Guerra Civil y de la muerte de José Antonio Primo de Rivera; por eso, su aniquilación era una “exigencia de la Historia y del porvenir de Europa” (ctd. en Moreno Juliá, 2015, p. 75; Núñez Seixas, 2016, p. 61).

El intrínseco belicismo de la Falange, el acento puesto en la necesidad histórica y moral de la guerra contra el comunismo, y el hecho que en España por aquel entonces existiese una arraigada cultura bélica fruto de los tres años del conflicto civil (Núñez Seixas, 2016, p. 71), hicieron que la respuesta de los jóvenes falangistas fuera entusiasta, algo apreciable no solo en la primera narrativa divisionaria, sino también en los datos históricos, especialmente en ese 70% de afiliados al S.E.U. madrileño que a los dos días del comienzo de la recluta ya se habían inscrito en los banderines de enganche (Moreno Juliá, 2015, p. 88).

La atmósfera de entusiasmo y radicalismo surgida a raíz del comienzo de la Operación Barbarroja afianzó aún más la identificación de la juventud con los valores y las consignas del partido, que motivaron en esa generación de falangistas una nueva y fogosa entrega a la experiencia bélica. Los militantes fueron empujados a la lucha por las apelaciones de la retórica del movimiento al sacrificio heroico y a una misión idealista, y por el irracionalismo romántico y las evocaciones emocionales inconcretas, que podían además volver a proporcionar algo parecido a un objetivo y sentido vital (Albert, 2003, pp. 328, 341; Mainer, 2013, p. 22; Pradera, 2014, p. 125), después del final de la Guerra Civil y los primeros difíciles años de la dictadura. En suma, para los más ideologizados “Ya está la Falange en su puesto anhelado; otra vez al viento sus canciones de guerra y de esperanza; otra vez manos femeninas prendiendo de nuestras camisas azules medallas y escapularios” (Blanco, 1954, p. 9); los divisionarios vuelven pues al sitio adecuado para los falangistas según el mismo Primo de Rivera, “al aire libre, bajo la noche clara, arma al brazo, y en lo alto, las estrellas” (1939, p. 26).

Por eso, tanto en las primeras novelas divisionarias como en las que son objeto del análisis – a pesar de que en ellas las cifras estilísticas y argumentativas sean las de la desilusión y el tremendismo –, el momento y las razones del alistamiento se presentan con tintes épicos y heroicos, ensalzando el sentido del

⁵ La campaña militar contra la Unión Soviética – una *cruzada europea contra el bolchevismo* – para defender a Europa de una supuesta e inminente agresión rusa recogía los dictámenes de la propaganda nazi en el exterior (Núñez Seixas, 2016, pp. 51-52) y fue un postulado abrazado también en España. Esta interpretación de la Operación Barbarroja como empresa en defensa de Europa se recoge en la primera narrativa divisionaria (Blanco, 1954, pp. 14, 74; Gómez Tello, 1945, pp. 39, 191; Ridruejo, 2013, p. 185; Royo, 1944, p. 121; Royo, 1956, p. 77), en la que, además, se alega que “España es la reserva espiritual de Europa” (Errando Vilar, 1943, p. 268). Resulta entonces consecuente que los falangistas más idealistas se alistaran en la División Azul, convencidos tanto de la bondad de las razones de la guerra como de la misión histórica que guiaba y justificaba sus actos.

deber y del honor de los futuros soldados. Los personajes divisionarios se enrolan para luchar por Europa y derrotar al comunismo; por el resurgimiento y la gloria de España; y por la defensa de la cristiandad entera (Farré Albiñana, 1949, pp. 22-23; Hernández Navarro, 1946, pp. 10, 78; Royo, 1956, p. 18; Royo, 1976, p. 47; Ydígoras, 1984, pp. 31-32)⁶. Hay otros personajes, además, que por razones de edad no pudieron luchar en la Guerra Civil, y cuyas motivaciones para el alistamiento alegadas son la prueba viril, la búsqueda del heroísmo, y la posterior vuelta a España con un nuevo estatus (Salvador, 1954, p. 226).

Sin embargo, en las novelas del desencanto ya empiezan a manifestarse otras razones que llevan a los personajes a incorporarse a la División Azul, pese a la general muestra de idealismo de la que hacen amago los protagonistas; y su función narrativa es la de señalar el vínculo que une a la desilusión con la militancia ideológica, pues la primera, lo repetimos, surge al ver defraudados los objetivos e ideales del falangismo integrista, y no debido a la abjuración de esos principios. El personaje Eugenio de *El sol y la nieve* (1956), por ejemplo, tildado de “escéptico falangista”, explica a sus compañeros en una tertulia en el frente que él se alistó “por asco, porque el aire allí se me hacía de todo punto irrespirable”, puesto que, después de tres años en la Guerra Civil, se dio cuenta de que su entrega había servido solo para que las viejas clases dominantes siguieran en el poder,

⁶ Una excepción a estos ejemplos la constituye la novela *Los hombres se matan así* (1961) de Eleuterio Paniagua, cuyo narrador afirma haberse enrolado en la División Azul aún sin tener una afiliación política determinada o definida, pero en líneas generales por razones parecidas a las comentadas, eso es, la defensa del orden espiritual y los valores de la religión y la fe (Paniagua, 1961, p. 72). Aunque este es el único narrador de las novelas analizadas que no se declara falangista, las palabras empleadas en el fragmento mencionado – especialmente “el orden espiritual que debía ser defendido” – son de clara ascendencia falangista (Carbajosa y Carbajosa, 2003, pp. 114, 119), así como sus motivaciones, si recordamos que la defensa del catolicismo fue presentada tanto como una de las razones del alzamiento en la Guerra Civil (Pérez Bowie, 1979, p. 16) como de la guerra contra la Unión Soviética. Sin embargo, en la misma novela nos encontramos también con que uno de los protagonistas, el divisionario Alberto, afirma haber decidido volver a la guerra para que lo maten, posiblemente por una depresión debida a problemas personales que no son especificados en el relato (Paniagua, 1961, pp. 90-91). Es llamativo, entonces, que en esta novela la más pacifista del corpus acotado, haya un personaje que se enrola no por razones ideológicas y para morir como un héroe, sino para alcanzar una muerte que ponga fin a sus sufrimientos anímicos. Asimismo, también el hecho que Alberto vuelva a descubrir cierto apego a la vida justo después de haber conocido los horrores de la guerra (*ivi*, p. 213) es revelador de la postura de la obra, que en su capítulo conclusivo declara abiertamente, como *summa* teórica, que “La guerra enseña a amar a la paz. Sobre todo cuando la paz se ha ganado a fuerza de guerra. Sobre todo si, para vivir en paz, fue necesario ponerse a morir” (*ivi*, p. 332). El mensaje último del narrador, pese a no alejarse de las creencias falangistas acerca de la necesidad de la guerra, sí las interpreta de una forma suya personal que rectifica la narración oficial del movimiento, pues los enfrentamientos bélicos ya no responden a una necesidad histórica o moral como antaño, sino más bien a la consecución de la paz.

como si el fin de la guerra hubiese sido “defender su roña y su mezquindad y su atonía social y política” (Royo, 1956, pp. 71, 37). También los soldados Manuel y Matías de *Algunos no hemos muerto* (1957) comparten las opiniones del personaje Eugenio, alegando que las derechas creen que la guerra se hizo para que pudiesen seguir explotando a las capas más bajas de la población, y para defender el antiguo sistema (Ydígoras, 1984, pp. 54-55). Lo mismo que se afirma en *Camaradas 74* (1975) de Tomás Salvador, al declarar la voz narrativa que “las guerras se hacen para que luego manden los que las ganan, cosa que no se piensa cuando las haces” (pp. 271-272). Todo ello, fiel reflejo de la realidad empírica, pues a la altura de 1941, muchos falangistas ya se sentían incómodos en el régimen y daban señas de insatisfacción para con sus políticas, además de sentir nostalgia por la vida en las trincheras (Penella, 2006, p. 406)⁷.

En los primeros dos años de posguerra, los falangistas más radicales estimaban que ya la corrupción volvía a las andadas “en las fértiles praderas que había purificado la guerra”, seduciendo además a los mismos excombatientes por medio de la estimulación de sus instintos más bajos y elementales (Royo, 1976, p. 48). Por eso también, el personaje Félix de *La Rusia que yo conocí* (1954) de Ángel Ruiz Ayúcar, en su pueblo y antes de marchar a la Unión Soviética, luce prendido en su jersey el emblema de la Falange, como signo de rebelión hacia una sociedad burguesa que daba muestras de haberse olvidado ya de los horrores de la Guerra Civil (1976, pp. 168-169).

El desencanto empieza pues a cundir entre los falangistas más ideologizados a partir de fechas muy tempranas, y tiene reflejos narrativos ya en esas circunstancias textuales que hacen referencia a las motivaciones aducidas para justificar el enrolamiento en la División Azul de los personajes de los relatos. Pero se hace aún más evidente en los aparatos paratextuales de las novelas, así

⁷ En *Los cuadernos de Rusia* (1978), Dionisio Ridruejo, uno de los promotores de la División Azul, afirma que los motivos que le empujaron al alistamiento fueron influidos por el reconocimiento de que sus ideales políticos y sociales no estaban floreciendo en la España franquista. Esto le llevó a “una crisis de inadaptación o de desencanto. [...] Decepción”, que afirmaba compartir además con sus conmlitones, todos ellos “falangistas desilusionados, disconformes de cómo van las cosas en la España reaccionaria y «quietista» que se nos ha organizado. Inconformistas en suma” (2013, pp. 55, 69). Para explicar esta inconformidad para con el régimen recién instaurado hay que tener en cuenta, por un lado, que ya a partir de 1937, con la unificación impuesta por Franco de Falange con la Comunión Tradicionalista, el movimiento perdió su autonomía para quedarse bajo el control del dictador y ser cooptada a la fuerza para servir las estructuras del poder tradicional (Ellwood, 1984, pp. 100, 105). Y, por otro, que la creación de la División Azul surgió inmediatamente después de una crisis de gobierno abierta por el entorno de Ramón Serrano Suñer, en mayo de 1941, que reclamaba más poder para la Falange frente al Ejército. La crisis culminó “con la asunción de un control mucho más directo de FET-JONS por parte de Franco y el irreversible ocaso político de Serrano Suñer” (Moreno Juliá, 2015, p. 32), algo que significó una ulterior pérdida de poder e influencia de los falangistas puros dentro del régimen franquista.

como en las mismas tramas, en los parlamentos de los protagonistas, sus tertulias o sus reflexiones personales. Las causas de este desencanto se pueden resumir en tres grandes temáticas: por un lado, la derrota de las fuerzas del Eje frente al ejército comunista de la Unión Soviética y la consiguiente victoria de las fuerzas aliadas en la Segunda Guerra Mundial; por otro, la frustración debida a la fallida instauración en España de un auténtico régimen fascista y el aislamiento progresivo de las esferas del poder sufrido por los miembros de la Falange, junto a sus ideales revolucionarios – algo vinculado también al ocaso de los fascismos nacionales en Europa – (Caballero Jurado e Ibáñez Hernández, 1989, p. 63; Núñez Seixas, 2005, pp. 99-100); y, finalmente, la decepción para con el tratamiento de la memoria divisionaria dentro del relato hegemónico del régimen, siendo esta silenciada o arrinconada. De ahí la paradójica reacción de los divisionarios, que se consideraron a sí mismos como los vencidos dentro del bando vencedor de la Guerra Civil, propagando en su narrativa una imagen propia de ascendencia romántica, la de los idealistas incómodos que permanecieron fieles a sus ideales primigenios contra las circunstancias históricas y políticas coevas (Núñez Seixas, 2005, p. 100; Núñez Seixas, 2013, p. 25).

Las evidencias más explícitas del desencanto de esta “generación frustrada” (Salvador, 1954, p. 6) se encuentran en dos novelas tardías, *Camaradas 74* (1975) de Tomás Salvador, y *El Sepulturero* (1976) de Rodrigo Royo. En estas obras, el paso del tiempo influyó de forma evidente en la evolución política de los autores y en el reflejo que esta tiene en ambas narraciones, donde los personajes presentados asumen abiertamente el papel de “héroes malditos” integrantes de “una generación hoy incomprendida” (Núñez Seixas, 2016, p. 379).

Julián Rovira, el protagonista de *El Sepulturero* (1976), se retrata por ejemplo como un hombre “que luchaba de [...] manera desaforada contra la corriente, que se obstinaba tan sistemática y fieramente en hacerse daño a sí mismo” (Royo, 1976, p. 190); y como un idealista integérrimo, que, sin embargo, por esa fe radical en los planteamientos ideológicos de la juventud, se ha quedado desconectado del tiempo presente. Julián Rovira es un héroe abocado al fracaso, un estrafalario caballero sin mancha y sin miedo que de manera quijotesca está destinado, a lo largo de toda su vida, a luchar contra los molinos de viento, eso es, contra un régimen que en su opinión se ha burocratizado, corrompido y alejado irremediabilmente de los ideales revolucionarios del falangismo (Possi, 2018, p. 504). Y, para mayor inri, es un hombre que, a la mitad de los años 70 y en pleno ocaso del franquismo, “vuelve al redil de sus viejos camaradas y dice que quiere jugar a canicas con ellos para ganar rápidamente mucho dinero y hacer ahora, en serio, la revolución” (*ivi*, p. 148). Julián Rovira es, en resumidas cuentas, un sujeto peligroso, el fantasma de un pasado periclitado que, además, no hace otra cosa sino acusar y condenar con su sola existencia a sus antiguos compañeros, que,

aunque siguen declarándose tan ardorosos y revolucionarios como él mismo, han ido “resbalando hacia [...] el nihilismo, los grandes negocios o la política profesional” (*ivi*, p. 220). El protagonista de la última novela de Rodrigo Royo es un estorbo social como los cuatro personajes de *Camaradas 74* (1975), puesto que, como afirma uno de ellos, los que han permanecido fieles a sus ideales son mucho más incómodos que aquellos indiferentes que ya no piensan o creen en los principios de antaño (Salvador, 1975, pp. 30-31).

Como el personaje Julián Rovira, también Paco Ruiz, Luis Perea, Pedro Mayor y Pepe Quintana se describen a sí mismos, de forma cáustica, como “Una baraja, [...] todos cincuentones, todos ex de algo, concedores de checas, trincheras, chimpunes y chatarra para parar un tren, [...] En el fondo, *unos mierdecillas que ni siquiera hemos pasado la cuenta...*” (*ivi*, p. 30; la cursiva es mía). Todos ellos están convencidos de ser unos fracasados, pese a no saber identificar con certeza y claridad las razones de ese fracaso suyo (*ivi*, p. 107), que es a la vez político y personal.

Los cuatro exdivisionarios se reúnen para asistir al entierro de un viejo camarada, algo muy simbólico y sugerente si se piensa en el paralelismo entre la despedida última a un compañero fallecido y la que podría ser también una despedida a su propia juventud y sus ideales, en los momentos del declive del régimen, en los lindes de la Transición. En la larguísima noche que sigue a la ceremonia fúnebre del exdivisionario, Ruiz, Perea, Mayor y Quintana van de bar en bar relacionándose en cada uno de ellos con un personaje distinto, quien los reconoce como lo que son o lo que ellos mismos quieren aparentar ser, eso es, unos inadaptados, unos borrachos patéticos, “las hermosas ruinas del imperio” (*ivi*, p. 227).

Cada detalle que acompaña el lento desgranarse de las horas de la velada es emblemático de la condición de veteranos desilusionados de los cuatro protagonistas, desde los poemas con los que se abren los capítulos hasta el más nimio de la canción del cantautor Bob Dylan que pone Quintana en la gramola de uno de los bares en los que paran los protagonistas, *The times they are a-changin'* (*ivi*, pp. 205-206). Hay que destacar, además, la decoración de una de las tascas que visitan los personajes, y en especial la habitación interior reservada a los clientes habituales, en la que se recrea de manera fidedigna un refugio bélico, con sus sacos terreros, sus caretas antigás ornamentales y su entibado minero (*ivi*, pp. 91-92).

A lo largo de las dos novelas, los protagonistas inciden reiteradamente en la frustración vital que los acompaña, llegando a reconocer que, básicamente, la única revolución a la que ahora pueden aspirar está limitada, como en el caso de Julián Rovira, a una revuelta romántica e intelectual en el campo de la literatura, la última trinchera que les queda para seguir con unas ideas que en el mundo contemporáneo han perdido cualquier tipo de arraigo y posibilidad de triunfo

(Royo, 1976, p. 241). Esta literatura, como veremos, seguirá propagando esos principios ahora ya vetustos, pero acompañándolos a nivel ideal por una honda desilusión.

Las causas del desencanto

Como hemos adelantado, la desilusión de los autores y personajes falangistas tiene que ver con unas razones históricas y políticas complejas y entrelazadas entre sí: la derrota de los fascismos nacionales en la Segunda Guerra Mundial; el alejamiento del régimen, a raíz de este fracaso militar, de los objetivos, los ideales y la praxis política de la Falange; la supuesta fractura entre el mundo puro e idealizado de la vida militar frente a la mezquindad de la sociedad civil encontrada a la vuelta del frente (Núñez Seixas, 2005, p. 99; Núñez Seixas, 2016, p. 393); y finalmente, la sensación que tuvieron los divisionarios de haber sido antes utilizados por el régimen y acto seguido expulsados del discurso público por el intento de las jerarquías franquistas de congraciarse con los Aliados en la posguerra mundial. Por todas estas razones, los autores y personajes divisionarios lamentan amargamente su situación de vencidos dentro del bando vencedor; y cada una de ellas tiene amplios ecos dentro de la segunda etapa de su literatura.

La negativa del régimen a involucrarse en el conflicto y la derrota de las fuerzas del Eje

Falange era quizá el grupo político más germanófilo en la España de posguerra, además de fundamentar su ideario en un anticomunismo feroz; por lo tanto, los falangistas más radicales intentaron impulsar al general Franco y a las jerarquías del régimen a involucrarse abiertamente en la Segunda Guerra Mundial al lado de la Alemania nazi. Sin embargo, pese a las deudas contraídas con los alemanes a raíz de las ayudas económicas y militares recibidas durante la Guerra Civil, Franco consiguió eludir la declaración de beligerancia contra el bando aliado (Bernecker y Brinkmann, 2009, p. 35; Salas, 1989, p. 241). Al comienzo de la guerra en 1939, la España franquista se declaró neutral en el conflicto, y solamente el 12 de junio de 1940, dos días después de la entrada de Italia en la contienda, cambió su postura a la de no beligerancia (Rodríguez Jiménez, 2012, p. 92; Salas, 1989, p. 245). Aunque otros sectores sociales además de Falange eran más o menos abiertamente germanófilos y partidarios de la plena beligerancia al lado de Alemania – los católicos tradicionalistas y parte del ejército –, Franco nunca accedió a esas peticiones, ya que Hitler no quiso comprometerse con las reclamaciones territoriales que el Generalísimo pedía a cambio de la intervención en la Guerra Mundial (Núñez Seixas, 2016, p. 33). Por consiguiente, el envío de la

División Azul al Frente Oriental no supuso nunca una abierta declaración de beligerancia contra la Unión Soviética (*ivi*, pp. 60-62), sino una hábil maniobra del dictador para no descontentar ni al antiguo aliado alemán, ni tampoco a los sectores más intransigentes entre sus propios partidarios. Asimismo, el hecho de enviar al frente tan solo una división, que en su primera expedición contaba con 18.000 voluntarios y que al final de su trayectoria vería pasar por sus filas alrededor de unos 45.000 hombres (Rodríguez Jiménez, 2012, p. 100), mucho distaba de ser un engranaje fundamental o especialmente señalado dentro del conjunto de los ejércitos enfrentados al soviético. Esto es reflejo del escaso compromiso del régimen franquista con el antiguo aliado alemán, y sirve para alumbrar las razones de la decepción que se fraguó entre los militantes falangistas, quienes nunca pudieron plantearse siquiera contribuir significativamente en la destrucción del enemigo ontológico, el que encarnaba para ellos todos los males: la “Rusia soviética, la macabra, tremendo osario” (Gómez Tello, 1945, p. 109).

Sin embargo, en las novelas divisionarias son llamativamente escasas las críticas abiertas al régimen por no haberse comprometido rotundamente en la Segunda Guerra Mundial al lado de Alemania, tanto en las novelas idealistas como en las obras del desencanto⁸. Lo que se divisa en las novelas es más bien la desaparición paulatina de las referencias al aliado alemán y al hecho que la División Azul estuviese integrada en la Wehrmacht y bajo su mando directo, conforme la publicación de las obras se iba alejando del final de la guerra mundial; así como hay que destacar el desvanecimiento de las declaraciones de admiración y los halagos hacia los alemanes que todavía eran frecuentes en la primera narrativa divisionaria, donde los autores ensalzaban las habilidades de los soldados germanos, la excelente organización de su ejército o su asombrosa potencia, entre otras cosas (Errando Vilar, 1943, pp. 23, 136; Gómez Tello, 1945, pp. 38-39; Salvador, 1954, p. 7). La única mención que encontramos en ese sentido se recoge en *El sol y la nieve* (1956) de Rodrigo Royo, en la que, sin embargo, es un coronel alemán quien les reprocha al narrador y a un compañero suyo que España no haya intervenido seriamente en la guerra (p. 359), por lo que la crítica, aunque patente, se ve aminorada por el sujeto que la manifiesta, eso es, un militar alemán.

Pese pues a la germanofilia de parte del falangismo en los primeros años 40, el discurso dominante del franquismo posterior a 1945 hizo que en esta literatura apareciera uno de sus tópicos fundantes, a saber: las declaraciones de

⁸ Por un lado, esto se explica por la fecha de publicación de las novelas, cuya práctica totalidad fue dada a las imprentas después de la derrota de las fuerzas del Eje. Y por otro, porque pese a formar parte sus autores del bando en el poder, sus obras también tenían que pasar por la censura instaurada por el régimen, ya fuera previa – es decir, llevada a cabo por un censor –, posterior – consistente en sanciones sucesivas a la publicación de las obras –, o se tratara de mecanismos de autocensura instaurados por los mismos escritores (Ruiz Bautista, 2005, p. 59).

narradores y personajes que apuntan a “resaltar que los españoles lucharon *junto* a Alemania, pero no *por* el Tercer Reich, contra un enemigo común, la URSS, en nombre de la civilización occidental y los valores católicos” (Núñez Seixas, 2016, pp. 391-392). Esto es evidente, por ejemplo, en la descripción del momento de la jura, donde se suele silenciar que esta era, ante todo, una promesa de fidelidad y obediencia a Hitler (Moreno Juliá, 2015, p. 132).

Mientras que en algunas novelas el juramento de los divisionarios solo es a la bandera española y en clave exclusiva de lucha al comunismo (Hernández Navarro, 1946, pp. 30-31; Blanco, 1954, p. 13), en otras sí se menciona el compromiso de lealtad hacia el Führer (Farré Albiñana, 1949, p. 81; Paniagua, 1961, p. 48; Salvador, 1954, p. 46; Ydígoras, 1984, p. 46), pero en ese mismo lugar textual los narradores suelen expresar toda su extrañeza por haber prestado ese juramento – exceptuando la novela *4 infantes 3 luceros* (1949) de Jaime Farré Albiñana, una obra que forma claramente parte del grupo de las ideologizadas –. Así, por ejemplo, en *Algunos no hemos muerto* (1957), Lalo da cuenta escuetamente de la jura después de una reflexión acerca de la necesidad de volverse insensibles para hacerse buenos soldados (1984, p. 46); mientras que al narrador de *Los hombres se matan así* (1961) el juramento a Hitler le produce la incómoda sensación de haber renunciado parcialmente a su condición de soldado español, comentando también que “hasta hubiese sido posible que, de haberlo sabido antes, no hubiera salido de España” (p. 58); y finalmente, el narrador omnisciente de *División 250* (1954) resalta que el personaje Donato, protagonista de ese episodio, se siente aturdido, oprimido y asustado por la magnitud de su entrega, envejeciendo diez años de golpe (pp. 46-47).

La incomodidad a la hora de recordar que la División Azul luchó al lado del ejército alemán, sin embargo, no puede convertirse en un rechazo neto de esa experiencia y en una condena rotunda del antiguo aliado, por lo que las brutalidades de los germanos suelen presentarse en comparación con las del otro bando, como cuando en *Los hombres se matan así* (1961) se afirma que “Nuremberg, [...] por culpa de un desgraciado proceso, vendría a ser el arranque de un derecho aliado con la sinrazón en que unos criminales se levantarán acusando a otros en loca parodia de justicia” (Paniagua, 1961, p. 60). La misma óptica condescendiente hacia los alemanes se encuentra en *La Rusia que yo conocí* (1954) con respecto al exterminio de los judíos, al afirmarse que

De los campos de concentración se ha hablado mucho en esta triste y rencorosa postguerra. Todo el mundo ha arrojado su piedra sobre el caído, sin mirar primero si sus manos estaban limpias. [...] No espere nadie que nosotros nos unamos a esta lapidación. Si tuviéramos que reprochar algún crimen a los alemanes, los reservaríamos para cuando fueran poderosos y temidos. [...] No vamos a caer, por

dar gusto a las corrientes de moda, en la aberración de ofender a los que fueron nuestros camaradas (Ruiz Ayúcar, 1976, pp. 155-156)⁹.

De esa forma, pese a acatar los juicios históricos posteriores al final de la contienda, el discurso divisionario consigue mantenerse políticamente correcto, sin por eso dar la espalda terminantemente a las convicciones y consiguientes actuaciones del pasado.

Finalmente, también la plausible decepción de los autores analizados por la derrota de las fuerzas del Eje en la Guerra Mundial se diluye en un sentimiento más generalizado de fracaso histórico y vital, pero nunca manifiestamente relacionado con la caída bélica y política de los fascismos nacionales en Europa. Por eso, las novelas divisionarias del desencanto están plagadas de reflexiones y declaraciones angustiosas acerca de las frustraciones personales de sus narradores y personajes, más que de valoraciones políticas acerca del desenlace del conflicto. En obras como *División 250* (1954) o *Algunos no hemos muerto* (1957), cuyos relatos concluyen al terminar la campaña militar – ambas, con la vuelta a España de la Legión Azul¹⁰ –, la sensación de fracaso se refiere casi estrictamente a las vivencias de los personajes en la guerra, como si en realidad ese fracaso fuera circunscrito solo al ámbito personal y no involucrara toda una experiencia ideológica, política e histórica compartida por los países del Eje y sus partidarios.

El último capítulo de la primera novela de Tomás Salvador, “Armas a la funerala”, se centra precisamente en el momento en que a los legionarios se les comunica la noticia del relevo definitivo del frente soviético, y el coronel que les habla define la orden de retirada impartida por los mandos militares como la más severa de todas. Con unas palabras recargadas de dramatismo, el coronel afirma que “España está de luto y la Legión está de negro. El negro [...] de la amargura del regreso sin haber vencido” (Salvador, 1954, p. 400). Finalmente, el capítulo concluye con la vuelta a España de los legionarios, de la que no se cuenta nada porque el personaje protagonista de ese episodio “no tomó nota de los

⁹ Con respecto al controvertido debate acerca del conocimiento que pudieron tener los divisionarios del exterminio de los judíos véanse el artículo “¿Testigos o encubridores? La División Azul y el Holocausto de los judíos europeos: entre historia y memoria” (Núñez Seixas, 2011) y el capítulo “Los divisionarios y la «cuestión judía»” del libro *Camarada invierno* (Núñez Seixas, 2016, pp. 295-318).

¹⁰ Cuando en octubre de 1943 la División Azul se retiró del frente, se formó la Legión Azul, una unidad compuesta por 2.269 hombres que decidieron seguir luchando en la Unión Soviética. A su disolución y repatriación, que tuvo lugar entre los meses de marzo y abril del año siguiente, algunos de sus integrantes decidieron quedarse igualmente en Rusia y, junto a otros veteranos que volvieron a salir ilegalmente de España, se encuadraron en la Wehrmacht y las Waffen-SS, continuando en la guerra hasta la batalla final en Berlín, en defensa de la cancillería, en abril y mayo de 1945 (Moreno Juliá, 2015, pp. 191-194, 204-205; Núñez Seixas, 2016, pp. 189, 319-327; Salas, 1989, pp. 267-268).

acontecimientos, no porque fueran insignificantes, sino porque pertenecían demasiado *íntima y dolorosamente* a la *íntima y dolorosa* decepción de los tiempos” (*ivi*, p. 401; la cursiva es mía), subrayando pues dos veces lo desgarrador de la toma de conciencia del fracaso y, sobre todo, la dimensión personal de sus repercusiones y la negativa a convertir esa experiencia en relato.

Aún más emotivo es el episodio que cierra la novela, en el aparato paratextual titulado “Soneto final, soneto de amor con estrambote”, donde gracias a un guiño autoficticio el autor se reúne con el que podría ser uno de sus personajes. Aquí se da pues el encuentro entre un teniente exdivisionario y Tomasito, quien acaba de terminar de escribir un libro sobre la División Azul a diez años del final de esa aventura (*ivi*, pp. 404-407)¹¹. En el parlamento entre los dos personajes, el teniente se queja amargamente de haber vuelto de Rusia con tres heridas, el duelo por un hermano muerto allí y la pesadumbre del recuerdo, pero no con el amor. De hecho, al intentar volver a España con la mujer de la que se había enamorado, esta fue detenida y el personaje finalmente tuvo que emprender el regreso solo. Pasados diez años, el teniente sigue obcecado en la rememoración de ese acontecimiento, y le pregunta obsesivamente a Tomasito la razón por la que “nosotros no pudimos volver con el amor”, a lo que el interlocutor le contesta, de forma tajante, que “Los soldados aliados sí pudieron volver con el amor. [...] Nosotros no teníamos derecho al amor. Fuimos vencidos. Han pasado diez años y es hora de que te enteres” (*ivi*, p. 407)¹². Aparte de la amarga firmeza que se desprende de las palabras del personaje Tomasito, quien le insta al teniente que entre en razón acerca de su fracaso después de un lapso de tiempo largo en el que parece no haberlo asumido todavía, este episodio final vuelve a insistir en lo comentado anteriormente, eso es, la transformación de la desilusión por una derrota histórica, militar y política en una desilusión íntima y personal, que se ciñe a los sentimientos más privados de los protagonistas, tal y como es el amor por una mujer.

También la novela *Algunos no hemos muerto* (1957) se cierra con la misma sensación de impotencia, que relata de forma igualmente conmovedora el narrador Lalo. A la disolución de la Legión Azul en la que había decidido permanecer, Lalo recorre varias ciudades de Rusia y Estonia para emprender la

¹¹ El paralelismo que quiere instaurar el autor entre su yo empírico y el personaje se deduce por el nombre de este, Tomasito, además que por el hecho de que este acaba de terminar de escribir un libro sobre la División Azul y por la fecha de composición ficticia, diez años después del releve de la División, que viene a coincidir aproximadamente con la de *División 250*, publicada en 1954.

¹² El historiador Núñez Seixas alega que sí hubo mujeres letonas que se fueron con los divisionarios con los que se habían casado durante la campaña militar, al retirarse la División Azul, con aquiescencia del mando alemán. Sin embargo, no pasó lo mismo con las mujeres rusas, pues el Estado Mayor de la División no reconoció esas bodas y prohibió que los soldados se llevaran a España a sus esposas (2016, pp. 155, 279).

vuelta a España, y en ese viaje se despide mentalmente de sus compañeros muertos en la guerra y, también, de la población que debería ser enemiga suya, pidiéndole perdón a esta última por su equivocación y asegurándole que la amó todo lo que la guerra le permitió (Ydígoras, 1984, p. 410). Huyendo como perros acobardados, “ateridos, desmoralizados por el frío y la rabia” (*ivi*, p. 409), Lalo y un compañero razonan sobre el peligro de difamación que acechará a los divisionarios, quienes posiblemente sean tildados en un futuro no lejano de mercenarios y vulgares aventureros. Sin embargo, Lalo parece despreocupado para con ese argumento, pues afirma estar tranquilo con su conciencia porque luchó por lo que creyó justo luchar. Lejos este narrador también de las meditaciones políticas trascendentales, lo único que parece interesarle es el dolor que le provoca separarse de todo lo humano que conoció en la guerra, es decir, los compañeros de armas y las mujeres y los hombres rusos con quienes entró en contacto. La imagen que nos deja Lalo, a la despedida de la Unión Soviética y de su propia historia, es desoladora a la par que desgarradora, la imagen de una derrota humana sin esperanza, consuelo ni tampoco dignidad:

Las botas destrozadas, el capote quemado, una manta sobre la cabeza, encogido, tiritando y llevando a mi zaga a *Clavel*, el viejo amigo de San Petersburgo... Así me alejaba definitivamente de las trincheras, de una vida que, forjada a golpes de miedo, fríos y combates, iba quedando atrás: de una vida en guerra. Así, silenciosos, nos íbamos de Rusia, así abandonaba yo las posiciones donde mis camaradas... [...] Aquellos mis hermanos, aquellos mis camaradas de pelea y derrota... Cansados, helados, los estómagos vacíos, el alma vacía también ya... (*ivi*, p. 417).

Sin la grandilocuencia de la primera narrativa divisionaria y sin tapujos, las últimas palabras de la novela son lapidarias en su sinceridad: “Habíamos perdido...” (*ibidem*).

En cambio, en *El Sepulturero* (1976) y *Camaradas 74* (1975), las obras más tardías y que tratan de las décadas sucesivas a los acontecimientos bélicos de la División Azul, esta sensación llega a abarcar la entera existencia de los personajes. La voz narrativa de la primera, por ejemplo, atestigua que “Nada de lo que [Julián Rovira] había soñado y ambicionado en su juventud se había convertido en realidad: ni el amor, ni la revolución, ni la victoria” (Royo, 1976, p. 16); mientras que los exdivisionarios de *Camaradas 74* (1975) se definen penosamente, como ya comentamos, como “unas mierdecillas en un solar” (Salvador, 1975, p. 131), hasta que uno de ellos llega a admitir, en relación a su militancia y sus ideales falangistas, que “Estoy vacío, [...] Sólo creo en Dios y no todos los días” (*ivi*, p. 148).

En las novelas divisionarias del desencanto, en suma, cunde una honda sensación de fracaso, ahora ya ni político ni ideológico, sino replegado en una dimensión intimista, pese a que sus causas residan en la derrota militar. Sin embargo, las razones más poderosas de esa desilusión tienen que ver con las circunstancias a las que tuvieron que hacer frente los veteranos a la vuelta a España: el rechazo por parte del régimen de esa experiencia y el ocaso de los ideales que impulsaron la gesta divisionaria.

El declive del falangismo integrista y el arrinconamiento de la memoria divisionaria

Si es cierto que prácticamente toda la novelística divisionaria se escribió y publicó después del final de la Segunda Guerra Mundial, también es patente que las obras más desencantadas son las más tardías, esas escritas por autores que observaron a lo largo de los años cómo los ideales originarios del falangismo y la memoria divisionaria perdían terreno e importancia dentro del discurso hegemónico del régimen. Asimismo, es evidente que las críticas y los reproches manifestados por los narradores y personajes divisionarios en el frente acerca de estos dos temas son mayoritariamente anacrónicos, pues insertan en el tiempo de la historia unos planteamientos que pertenecen más bien al tiempo de la escritura de las novelas. Sin embargo, son sintomáticos del desencanto de los veteranos de guerra y alumbran sus raíces. Por otro lado, hay que volver a mencionar también que el malestar de los militantes integristas del Movimiento empezó a desarrollarse con anterioridad a la creación de la División Azul, pues ya desde el final de la Guerra Civil los jerarcas vislumbraron las reticencias de Franco a poner en marcha una auténtica revolución falangista (Penella, 2006, pp. 386, 389; Reverte, 2012, p. 16).

Por lo tanto, uno de los tópicos más señalados de la segunda narrativa divisionaria se encuentra en la percepción que tenían los falangistas radicales, ya en el momento del alistamiento, de haberse rápidamente convertido en unos elementos incómodos para el régimen, y de haber sido utilizados durante la Guerra Civil por las derechas tradicionales y conservadoras. Esta creencia sirve pues para motivar, en las novelas, la incorporación de algunos protagonistas a la División Azul, como en el caso de los personajes Manuel y Matías de *Algunos no hemos muerto* (1957), y del personaje Eugenio de *El sol y la nieve* (1956), quien repetidamente afirma a lo largo de la narración que

Nosotros [...] somos tontos y lo peor es que no aprenderemos jamás. Nos dejamos la vida en las trincheras, creyéndonos que lo hacemos para defender una serie de ideales y principios, y luego resulta que era para defender los mezquinos intereses

de la burguesía, del capitalismo, de estos burgueses chatos y apoltronados que padece España (Royo, 1956, p. 71).

En la cita anterior se puede apreciar otra de las reprobaciones típicas de los personajes divisionarios a las élites franquistas recientemente instauradas en el poder, aparte del engaño perpetrado por los poderosos en perjuicio de los militantes idealistas, a saber: la acusación de cobardía y falta de arrojo a aquellos que se quedan en España o en la retaguardia o, lo que viene a ser lo mismo, “El desprecio [...] de los veteranos y los soldados por los ingratos civiles” (Carbajosa y Carbajosa, 2003, p. 40). Este tópico, que se recoge también en varias obras de la literatura castrense del pasado, tales como la novela *Tras el Águila del César. Elegía del Tercio (1921-1922)* (1924) de Luys Santa Marina, desciende igualmente del ideario primigenio de Falange. De hecho, ya José Antonio Primo de Rivera acusaba a los burgueses y a las derechas tradicionales de blandenguería, al pretender solucionar los problemas españoles desde sus casas o desde los cafés, mientras que los falangistas lo hacían abierta e intrépidamente en las calles, “que parecen destinadas a ser siempre regadas con la sangre de sus hijos, cruel y cobardemente asesinados por el solo delito de tener corazón; de tener de sobra todo el corazón que a ellos les falta” (ctd. en Río Cisneros, 1951, p. 177).

La visión de un frente donde encuentran la muerte los mejores, comparado con una retaguardia poblada por aprovechados, cobardes y traidores que se van haciendo ricos a costa de los sacrificios de los primeros (Alegre Lorenz, 2012, p. 136), es un tópico transversal a la novelística divisionaria, tanto la idealizada como la desencantada.

Así, no es nada infrecuente encontrar acusaciones generales o harto impostadas contra aquellos que odian la Falange “por el tremendo delito de ser gallarda y, el no menos tremendo, de sacarles a ellos las castañas del fuego” (Hernández Navarro, 1946, p. 163), aquellos “desgraciados [...] espectadores” cuyas “vidas serán secas y estériles, como vacas tísicas” (Royo, 1944, p. 44), por no haber conocido nunca la realidad grandiosa de la guerra; reproches amanerados aptos más bien para resaltar la valentía falangista que para criticar real y políticamente a las cumbres del régimen. O también, escenas farsescas como la del personaje Ortiz en la novela *¡Guerra!* (1944), en la que el soldado, mientras está intento a despiojar su indumentaria, se imagina que cada parásito matado es uno de los miembros de la retaguardia:

– Míralo, míralo que gordo es éste. Es el furriel, que se acaba de comer toda la mantequilla – y lo estrujaba entre las uñas con tal expresión de regocijo en el rostro, que seguramente se hacía la ilusión de aplastar al furriel –. Y éste es más gordo todavía [...] ¡Ya es mío! ¡Hola, hola; te conozco! ¡Pero si eres el sargento de cocina!

¡Y éste el rancharo, y éste el asistente del «páter», y este otro el sanitario del botiquín!

Así, y diariamente, aquel asturiano ejecutaba a toda la plana mayor en su parodia de los piojos (*ivi*, p. 153)¹³.

Sin embargo, en las novelas de la etapa de la desilusión, esta clase de acusaciones se hacen más enjundiosas, alejándose de su sesgo grotesco y simulado para ahondar en el enjuiciamiento concerniente a la dimensión política de ese asunto. A las clases acomodadas que se quedan en España mientras los soldados arriesgan su propia vida en el frente ahora ya se les llama “los malabaristas de la sangre ajena” (Ydígoras, 1984, p. 322), mientras se les acusa también, nuevamente, de apoderarse del poder a costa de quienes luchan por sus ideales y para cambiar la suerte del país.

Ejemplo fidedigno es una charla de las muchas entre los divisionarios en el frente en la novela *Algunos no hemos muerto* (1957), en la que sobresalen las opiniones del soldado Manuel, que expresa toda su indignación a la hora de presentar la situación en la España de posguerra y reflexionar acerca de su intervención en la Guerra Civil antes, y en el Frente Oriental en ese momento. Ante todo, Manuel ataca a “los derechoideos”, manifestando su frustración por haber estado “tres años dando tiros en España para engordarles” y para consentirles apoderarse de las estructuras económicas y los bancos y seguir con la explotación de los campesinos (*ivi*, p. 54)¹⁴. A continuación, Manuel ahonda en su condena de las derechas tradicionales, que han utilizado a los falangistas como “sacos terreros” para quedarse con el poder “y borrar todo lo que huele a lo que nosotros queremos”; e identifica como enemigos, por un lado, a los “falsos clericaloides, ricachos de derechas y reaccionarios”, y por otro, sobre todo, a los falangistas traidores, aquellos para quienes ganar la guerra ha coincidido con “arrimarse al brasero político y llenarse la tripa y olvidarse de lo que un día creyeron que eran”,

¹³ Una escena muy parecida, pero mucho menos extensa y colorida que la relatada por el narrador de la novela de Rodrigo Royo, se encuentra en *4 infantes 3 luceros* (1949) de Jaime Farré Albiñana, en la que también los soldados, puestos a deslindar sus pertenencias, comentan que tal piojo se parece al furriel, mientras que otros “llevan reloj de pulsera y cuello duro” (1949, p. 164), una clara referencia a la indumentaria y los accesorios de las clases pudientes de la época.

¹⁴ Hay que recordar que la doctrina originaria falangista, en su vertiente revolucionaria, repudiaba el sistema capitalista, apuntaba a la mejoría de las condiciones de vida del pueblo y defendía la nacionalización de los bancos y los servicios públicos (Primo de Rivera, 1940, pp. 96-98), por lo que no es extraño que el personaje Manuel insista en su perorata en estos conceptos. Es menester reiterar, sin embargo, que en la práctica ninguno de los fascismos europeos, pese a sus proclamas anticapitalistas, llegó a modificar nunca la estructura económica de sus países, sino que crearon “la eficaz garantía para el mantenimiento y ulterior desarrollo de los métodos y fines de la producción capitalista” (Winckler, 1979, p. 17), dando pie a una de sus mayores contradicciones ideológicas.

de forma más hipócrita aún que los primeros, con quienes comparten de todas formas el objetivo último: “hacer tranquilamente sus trapicheos” (*ivi*, pp. 54-55).

En *División 250* (1954) de Tomás Salvador también hay otro personaje que ataca a los falangistas que en su opinión han traicionado su propia causa, afirmando que los de ellos que están en el frente “*Han visto que aquí se muere de veras, que han muerto muchos y muy buenos camaradas, y dicen que ellos, o los que quedan, los mejores, son necesarios en España*” (Salvador, 1954, p. 246), y por lo tanto han forzado su propio relevo, por un acto de cobardía más que de servicio.

Muy intransigente para con hipocresías parecidas es asimismo el narrador de *Los hombres se matan así* (1961), quien relata ampliamente la dureza del desplazamiento hacia el frente – alrededor de 900 kilómetros a pie (Moreno Juliá, 2015, p. 135) – y las desaventuras de “los rezagados”, aquellos divisionarios que, postrados por la marcha, con los pies sangrando por las heridas, tenían que subirse a los trineos por la imposibilidad de seguir caminando. Cuenta pues el narrador que a uno de los rezagados, mientras viajaba en el trineo, se le disparó el arma por error, lo que le causó una herida por la que fue repatriado antes de llegar a los campos de batalla. Pasado un tiempo, ese hombre apareció en una entrevista en un periódico madrileño, contando con amplitud de detalles la vida y la dureza del frente ruso (Paniagua, 1961, pp. 108-110). El comentario del narrador es a la vez un reproche a la actitud farsante de semejantes impostores, pero también, desde un punto de vista retrospectivo, a las altas esferas del poder, pues

Así era cómo iban llegando a España *héroes y más héroes* desde Baviera y desde las carreteras polacas. [...] cuando otros soldados volvieron, dos años más tarde, después de dos auténticos inviernos siberianos en Rusia, después de incontables calamidades, ya sólo eran unos pobres infelices, que no habían sabido conquistar la gloria en dos años en Rusia (*ivi*, p. 111).

Efectivamente, a su vuelta, los primeros divisionarios repatriados tuvieron que hacer frente a la indiferencia, el abandono e inclusive el hastío de la población y las autoridades (Alegre Lorenz, 2012, p. 137; Moreno Juliá, 2015, pp. 250-251; Núñez Seixas, 2016, pp. 345-346), lo que evidentemente fomentó en grado aún mayor el resentimiento hacia las clases pudientes que se quedaron en España, mientras los divisionarios combatían y morían en suelo ruso.

También el narrador y protagonista de *¡Guerra!* (1944) se interroga a menudo sobre las razones por las que está luchando en el frente soviético, y su desazón le hace plantearse a veces que posiblemente sea para el mismo paradójico fin manifestado por el personaje de la novela de Ydígoras, eso es, “Para que «ellos» tomen su café con leche en la cama y pellizquen a la doncella” (Royo, 1944, p. 117), aunque, nuevamente, esta insinuación sea más bien simulada. De hecho, siendo la primera novela de tema divisionario de Rodrigo Royo todavía muy fiel al ideario

falangista, y pese a que en ella se encuentran tertulias entre divisionarios que escenifican intercambios de opiniones a veces muy críticos (*ivi*, pp. 120-121), finalmente las conclusiones del narrador vuelven al redil de la ortodoxia falangista, pues este todavía muestra una actitud de ciega confianza en sus ideales, y rechaza las sugerencias juzgadoras afirmando que “nuestra presencia allí tenía una significación mucho más honda, más trascendente, más eterna. [...] Nuestra [*sic*] sacrificio no podía ser estéril, aunque nos ahogara de momento con el silencio y el olvido” (*ivi*, pp. 121-122). Pese pues a señalar la desconfianza del falangismo radical, en las novelas idealistas los narradores y personajes se distancian de ella, algo que en cambio no pasa en las obras del desencanto, en las que es evidente toda la frustración de los utopistas traicionados¹⁵.

A todo esto, además, se le suma la sensación de los divisionarios de haber sido utilizados por distintas razones, pese a que su alistamiento fuera entendido por los falangistas integristas como una apuesta política en pos de la hegemonía dentro de las jerarquías de la dictadura, para paliar la decepción suscitada por las actuaciones de Franco en la inmediata posguerra, quien no puso en marcha una revolución nacionalsindicalista, sino que implantó un régimen tradicionalista y confesional (Ellwood, 1984, p. 138). Por un lado, los divisionarios falangistas sentían que habían sido manipulados a fin de mantener el *status quo* en España después de la Guerra Civil; por otro, por el anhelo del régimen de deshacerse de los elementos falangistas más problemáticos e insumisos, garantizando así su estabilización y permanencia en el poder; y finalmente, para evitar la intervención completa en la Guerra Mundial, comprando así la neutralidad española (*ivi*, pp. 138, 141-142; Moreno Juliá, 2015, pp. 375, 379-380; Penella, 2006, p. 406)¹⁶.

Estas impresiones acerca de la División Azul como “precio de la neutralidad” ya las recoge Dionisio Ridruejo en sus diarios de la época, subrayando el escarnio de que “la mayor parte de nosotros no somos partidarios de esa neutralidad o al menos estamos pesarosos de saber que es forzosa” (2013, p. 69); además de ser reiteradas, también, en los textos ficticios analizados, en obras tales como *Algunos no hemos muerto* (1957) o *La muerte está en el camino* (1956) de José Luis Martín Vigil (Ydígoras, 1984, p. 55; Martín Vigil, 1965, p. 52).

¹⁵ En el diálogo antes comentado de la novela *Algunos no hemos muerto* (1957), después de la arenga de Manuel, el personaje Matías concluye por ejemplo, causando cierto desconcierto en el lector, que “Como falangista, yo me siento mucho más cerca de los cenetistas, pongamos por caso, que de esos [...] que decimos que *son de los nuestros*. [...] *De los nuestros*... ¡La verdad que quien dividió España en esos dos bandos debía de tener en el cuerpo una copa de más!” (1984, p. 55). Sin embargo, afirmaciones de tal calibre no tienen por qué sorprender, debido a la virulenta carga acusadora de las obras de la segunda etapa de la novelística divisionaria.

¹⁶ A este respecto y de forma preclara, Camilo José Cela definió la División Azul como “aquella trampa que tendió Franco a los falangistas” (Cela, 1993, p. 337).

Asimismo, tanto en *El sol y la nieve* (1956) como en *El Sepulturero* (1976) de Rodrigo Royo, los personajes se dan cuenta de que

la única razón de la División Azul era la de comprar con ella la neutralidad española. [...] estaban allí como peones de la hábil maniobra para engañar a los alemanes y asegurar así la neutralidad de España en la guerra mundial, aparentando una colaboración con Hitler suficientemente viva para disuadirle de que obligara a España por la fuerza a entrar en el cotarro” (Royo, 1956, pp. 77-78);

y también de que “Franco, que estaba muy comprometido con Hitler y no quería meter a España en la guerra mundial, le ofreció el tributo de aquellos veinte mil muchachos para aplacar sus iras, como una especie de antigua *ofrenda* u *holocausto*” (Royo, 1976, p. 83; la cursiva es mía). Esta segunda cita eleva además al rango de víctimas sacrificiales a los divisionarios, envolviendo la muerte de los caídos en Rusia en un halo religioso, debido a la elección de palabras como “ofrenda” y “holocausto”. Algo que encaja perfectamente en el discurso oficial del franquismo y su culto omnipresente a los caídos en la época de posguerra, utilizado como elemento legitimador y cohesionador (Rodrigo, 2013, p. 53). Explotando el paralelismo que se establece en la narración de las derechas entre la muerte de Cristo y la del soldado, a fin comparar el sacrificio del Mesías con el del combatiente que con su muerte redime los pecados y los males de la comunidad (Pérez Bowie, 1979, p. 17), el narrador de *El Sepulturero* (1976) parece denunciar la malevolencia de quienes – en este caso, el mismo Franco – se aprovecharon del idealismo intachable y sincero de los divisionarios en su propio beneficio, que coincidía con eludir saldar las deudas bélicas contraídas con la Alemania nazi. La entrega divisionaria se ensalza así ulteriormente, pues pese al engaño del que fueron víctimas y del que eran conscientes los soldados, estos no pierden su propia fe, y con tal de cumplir la que para ellos es su misión histórica – la lucha por España y Europa; la defensa de la religión cristiana; la aniquilación del comunismo; y el deseo de devolver a España a un puesto de honor en el orden mundial (Possi, 2017a, p. 221) – están dispuestos a morir en la Unión Soviética por sus ideales.

Cierto es, por otro lado, que también los falangistas inconformistas para con el régimen franquista de la inmediata posguerra tenían sus intereses por involucrarse militarmente con la Alemania nazi. De hecho, tras el final de la Guerra Civil, su anhelada revolución seguía quedando pendiente, y sus mandos, aparte de no haber conseguido hacerse con el poder dentro del nuevo Estado, habían visto su partido domesticado e institucionalizado, antes con el Decreto de Unificación de 1937 del que surgió FET y de las JONS, y después con el nombramiento de José Luis Arrese como su secretario (Carbajosa y Carbajosa, 2003, p. 133; Moreno Juliá, 2015, p. 8; Núñez Seixas, 2016, p. 38; Penella, 2006, p. 419). Por lo tanto, apostar por la victoria de la Alemania nazi en la guerra europea,

y prestarle su contribución por medio del envío de voluntarios, pareció a los falangistas una “inversión razonable”: en caso de victoria, “volverían a casa laureados, con el prestigio de haber derrotado al gran enemigo, lo que realzaría sus posibilidades de dar un golpe de timón hacia la plena fascistización del régimen”, llevando finalmente a cabo la revolución nacionalsindicalista (Núñez Seixas, 2016, p. 108)¹⁷.

Por consiguiente, la derrota de Alemania y los fascismos nacionales en la Segunda Guerra Mundial tuvo repercusiones cruciales en la política interior española, pues, como dijimos, provocó un proceso progresivo e inexorable de distanciamiento del fascismo, tanto de sus símbolos como del sistema político al que aspiraba; y, en un intento de congraciarse con los ganadores de la Guerra Mundial, el régimen optó por una marginación aún más contundente de Falange, cuyo declive coincidió con el fracaso de los fascismos europeos (Bernecker, 1998, pp. 29, 34-35; Penella, 2006, p. 419; Ruiz Bautista, 2005, p. 19; Wahnón, 1998, p. 12).

En relación con la experiencia militar en la Unión Soviética, esto causó un parcial silenciamiento, dentro del discurso oficial del régimen a partir de 1945, de la memoria divisionaria, y el intento de despojar esa intervención de su vinculación con los objetivos y actuaciones del Tercer Reich, presentándola únicamente como una empresa anticomunista, precursora de las políticas internacionales de la guerra fría (Núñez Seixas, 2016, pp. 223, 390-391)¹⁸.

La memoria divisionaria, si bien fue percibida con cierta incomodidad, nunca fue realmente proscrita o prohibida, aunque sí dificultada y arrinconada de varias maneras, entre las cuales cabe destacar la falta de apoyo institucional para la publicación de las obras de los veteranos, ya fueran memorísticas o ficcionales (Caballero Jurado e Ibáñez Hernández, 1989, pp. 16, 20; Possi, 2017b, pp. 37-38). Sin embargo, los autores examinados, convencidos de ser los perdedores del bando vencedor¹⁹, representaron ampliamente en sus obras el desengaño derivado por el presunto olvido donde según ellos fueron relegados.

¹⁷ Pedro Laín Entralgo comentó a este propósito que, en ese momento, los falangistas y él mismo tenían la “convicción – torpe convicción –” de que “la victoria militar de Alemania haría posible en España un triunfo del amenazado falangismo «puro»” (1976, p. 313). Esta idea se recoge también en la novela *¡Guerra!* (1944), en la que un divisionario alega que “nosotros escribimos aquí un trocito de historia que no es nada despreciable, además de adquirir una fuerza insospechada para poner las cosas en su lugar cuando volvamos, si volvemos” (Royo, 1944, p. 121).

¹⁸ A este respecto, Juan Eugenio Blanco compara a los divisionarios con los soldados estadounidenses de los años 50, aquellos que “con la misión que nosotros hace diez años, hombres de Arkansas, y de California, y de Nueva York y de Arizona, de todos los Estados Unidos, velan las armas ante las hordas de Stalin” (1954, p. 14).

¹⁹ El historiador Núñez Seixas insiste reiteradamente en este concepto aparentemente paradójico, pues en su opinión los veteranos divisionarios se percibirían así debido a su fracaso en la edificación de un estado auténticamente fascista en la España dictatorial, además de compartir con

De forma parecida a lo comentado anteriormente con respecto a las acusaciones a la retaguardia y a los aprovechados dentro de las jerarquías del régimen, también en este caso las novelas idealistas hacen amago de condenar la desmemoria que, otra vez anacrónicamente, prevén que les afectará a los supervivientes; mientras que las novelas del desencanto ahondan a sabiendas en el argumento, habiendo asistido ya al proceso político de arrinconamiento de la Falange Teórica y a la ocultación de la experiencia divisionaria de cara al exterior. Así, pese a que el narrador de *Campaña de invierno* (1943) afirme que indudablemente los divisionarios “Son falanges destinadas a dejar a las generaciones futuras un recuerdo de audacia y virilidad” (Errando Vilar, 1943, p. 32), autores como Antonio José Hernández Navarro y Rodrigo Royo en su primera novela, de forma amanerada, vaticinan que a la vuelta los divisionarios serán falsamente agasajados y acto seguido apartados con sentimientos de vergüenza (Hernández Navarro, 1946, p. 193; Royo, 1944, p. 121). Pero esa afrenta pronosticada, nuevamente y en clave victimista, es útil para volver a poner de manifiesto la pura dedicación de los falangistas a su causa, pues pese al desaliento debido a estas conductas, los militantes idealistas triunfarán en su esperanza, y esa victoria postrera no les podrá ser arrebatada por ningún intento de menosprecio de sus actos. Los ataques de sus otrora camaradas, las envidias y el olvido serán vencidos por la fuerza de voluntad y la esperanza en el porvenir del falangista idealizado (Hernández Navarro, 1946, p. 299).

Por el contrario, en las novelas del desencanto la sensación de haber sido olvidados en patria no se reviste de tintes de resistencia heroica a las adversidades de los tiempos y a las embestidas de los enemigos, sino solamente de sentimientos amargos surgidos de la incómoda conciencia de los divisionarios de haber sido utilizados y traicionados por el régimen, como comentamos ampliamente. Por ejemplo, en los capítulos conclusivos de *Algunos no hemos muerto* (1957), a los que ya nos referimos, el narrador Lalo razona acerca del destino que les espera a los divisionarios en cuanto al relato y recuerdo de sus gestas²⁰. Y, más que mencionar

los antiguos aliados del Eje la derrota frente al ejército comunista de la Unión Soviética (2005, p. 88; 2016, p. 390).

²⁰ Sin embargo, lo más llamativo de las últimas elucubraciones de este narrador es, como vimos, el lamento que expresa toda su angustia personal, relacionada con la toma de conciencia de la derrota; con la muerte de los camaradas y amigos; con la certeza de haberle causado daños inconmensurables a una población, la rusa, que pese a todo le suscita cierta admiración; y con la empática piedad por los soldados enemigos, que a lo largo de toda la novela no han sido retratados de forma demonizada sino humana, y representando, más que las divergencias, las similitudes con los propios divisionarios españoles: todos ellos igualados por su “condición de perdido[s] en la vorágine de la guerra, [...] Seres sencillos venidos de muy lejos, tan lejos como yo, hombres arrancados de las tierras de los kalmucos y los kirguises, de los samoyanos y los mongoles, para ir

abiertamente la desmemoria en la que en cierto sentido se envolvería la gesta divisionaria, alude a la manipulación a la que esta estará sometida. Lalo, retomando los conceptos expresados por el filósofo Walter Benjamin en sus “Tesis de filosofía de la historia” (2012, pp. 37-46) y que podrían resumirse, de forma sencilla, en el lema “La historia la escriben los vencedores”, ahonda en la inutilidad de la campaña militar en la Unión Soviética, además de presagiar que

A partir de aquel momento, el mundo empezaría a señalar a los vencidos como a unos seres despreciables, criminales a veces. Siempre fue igual. La Historia así lo decía, decía que al derrotado no se le permitió nunca hablar, reír o pensar... (Ydígoras, 1984, p. 398).

Y sin embargo, pese al convencimiento de estar a punto de convertirse en el blanco de odios e inquinas, Lalo sigue creyendo firmemente en la sinceridad de las motivaciones que le llevaron a alistarse en la División Azul, ya fueran equivocadas o no, derrotadas o triunfadoras, y concluye proclamando, con indiferencia y cierto desafío, que “Si nos insultan u olvidan, peor para ellos” (*ivi*, p. 415).

Para concluir con el análisis de este tema, es menester señalar que los lugares textuales en que más se explayan los autores en la condena del olvido del que fueron objeto los divisionarios son los paratextos de sus novelas, entre los que destacan el prólogo “Doce años después” de la novela *División 250* (1954) de Tomás Salvador (1954, pp. 5-11), y la “Introducción”, escrita en 1953, de *La Rusia que yo conocí* (1954) de Ángel Ruiz Ayúcar, en comparación con el “Prólogo a la segunda edición” de la misma, redactado en 1976 (1976, pp. 11-13, 9-10).

En esos textos, Salvador y Ruiz Ayúcar expresan ante todo su decepción personal para con el tratamiento de la memoria divisionaria. El primero empieza su disquisición incidiendo en la “tremenda ironía” de emprender la escritura de un libro de guerra que trata de recordar “lo que se tiene empeño en olvidar”, y erige a símbolo de esa “memoria lacerada y cruel” a los caídos, a aquellos cuyos restos mortales se quedaron olvidados y abandonados en tierra enemiga. Eso es, para el autor, lo más hiriente que lleva consigo “la nebulosa trágica de la guerra”, a saber: “la indiferencia y el odio cavando la fosa común de los camaradas abandonados” (1954, pp. 6-7). Acto seguido, Salvador lamenta que “los heroicos soldados prestos a ofrendar su vida en los campos de batalla” (*ivi*, p. 49) han sido víctimas de maniobras políticas y comentarios que contradictoriamente los han ensalzado o denostado según convenía en las distintas fases de esos “malaventurados años”, tanto por culpa del relato de sus adversarios como por la

a despedazarse con otros llegados de Castilla u otras provincias de aquel país, para ellos sin duda semifabuloso, que se llamaba España” (Ydígoras, 1984, pp. 16-17).

de “una literatura oficial, fría, ñoña y llena de lugares comunes”, que terminó por mermar la representación de la realidad humana de la División Azul (*ivi*, pp. 7-8). Por eso, el autor afirma que después del prólogo no volverá a sacar a colación polémicas y juicios de índole político, pues por encima de las decepciones y el desencanto, lo importante es volver a rescatar los cuerpos y las almas de aquellos que, cuales pequeños ríos, contribuyeron en la creación del gran caudal del pasado histórico (*ivi*, pp. 10-11).

Asimismo, también Ángel Ruiz Ayúcar, en la “Introducción” escrita en 1953 (1976, pp. 11-13) ensalza de forma épica a los divisionarios, “los últimos Amadis de Gaula” que recorrieron Europa en busca de aventura, combatiendo con el corazón puro como los arcángeles y luchando por “doncellas ideales” contra “fieros dragones” (*ivi*, pp. 11-12). Pero afirma querer centrarse, en su obra, en la observación y la recreación de sus almas – como también lo declara Eleuterio Paniagua en la “Justificación” de su novela (1961, p. 15) –, negándose a que su escrito se convierta en una proclama o tratado político, absteniéndose de cualquier tipo de juicio y rehusando de la categorización maniquea de los personajes retratados (1976, pp. 12-13). Por el contrario, en el “Prólogo a la segunda edición” de 1976, sí se hace referencia a los cambios ocurridos en esas dos décadas pasadas desde la publicación de *La Rusia que yo conocí* (1954), y Ruiz Ayúcar expresa más claramente su desencanto, asegurando sin embargo no haber cambiado nada de su novela porque en ese lapso temporal ha seguido

fiel a sí mismo y conserva los mismos ideales que le llevaron a Rusia con la División Azul [...] mientras ocupaban puestos privilegiados en las esferas del poder personas que, entonces, utilizaban aquellos ideales como escala de promoción personal y luego los han arrojado como lastre, del que mejor era olvidarse (*ivi*, p. 9).

Como ya hiciera Salvador, pues, Ruiz Ayúcar reitera la condena al olvido al que fueron desterrados los divisionarios, a la vez que arremete contra el oportunismo de algunos antiguos camaradas, lo que ya se había convertido en un tópico del relato divisionario.

Sin embargo, el núcleo de interés de ese prólogo es la declaración de fidelidad a los principios de antaño, que también se encuentra en el de *División 250* (1954), junto una especie de *excusatio non petita* en la que Salvador defiende a sí mismo y a sus camaradas afirmando, como prevención a cualquier posible crítica a su novela, que “Los hombres que fueron a Rusia no vivían por adelantado” (1954, pp. 6-8).

En ambos autores, la lealtad a los ideales pasados que llevaron a los divisionarios falangistas a la Unión Soviética con el ejército del Tercer Reich parece chocar con las nuevas circunstancias internacionales y el relato impuesto y

propagado por la narración oficial del régimen. Como sostiene el historiador Núñez Seixas, “Los testimonios de posguerra están impregnados por la autojustificación de los veteranos, que miran hacia sus decisiones del pasado en función del resultado que tuvieron y las interpretaciones preponderantes de la segunda guerra mundial en Europa tras 1945” a la vez que desean “situar su etapa guerrera dentro de su biografía, de modo que dé sentido a su evolución posterior” (2016, p. 72). Podemos entonces afirmar, en breve, que la brecha abierta entre la lealtad a las consignas juveniles falangistas y la conciencia de tener que adaptarse a un contexto histórico-político opuesto a ellas es uno de los mayores manantiales de los que brota el desencanto divisionario. De aquí que la exposición airada o desoladora de acusaciones de distinta naturaleza a las jerarquías del régimen y las clases pudientes, y el repliegue intimista que pretende centrar el relato de la aventura divisionaria en la interioridad y los sentimientos de los divisionarios, más que en esos acontecimientos bélicos que llevaron a la derrota rotunda de una experiencia personal, política e histórica de una entera generación.

Conclusiones

Las novelas divisionarias publicadas desde finales de los años 50 hasta la década de los 70 y escritas por los veteranos de guerra que lucharon en el Frente Oriental difieren sensiblemente, como hemos comentado al principio del artículo, de las que se publicaron entre los años 40 y 50, hasta el punto de conformar dos subconjuntos parcialmente independientes dentro de la narrativa examinada. Esta disconformidad, pese a que las obras estudiadas compartan todas el mismo trasfondo histórico y vivencial, se da en dos aspectos básicos, de los que hemos analizado aquí el primero: por un lado, a nivel ideológico, la novelística divisionaria de la segunda etapa está marcada por el desencanto, frente a esas novelas precedentes abiertamente influidas por el idealismo, tales como *Campaña de invierno* (1943) de Enrique Errando Vilar, *Canción de invierno en el Este* (1945) de José Luis Gómez Tello, y *4 infantes 3 luceros* (1949) de Jaime Farré Albiñana, para traer a colación algunos ejemplos. Por otro lado, a nivel estético y discursivo, se alejan del imaginario lírico y épico, propio del discurso del falangismo primigenio, a la hora de representar los hechos bélicos y los soldados que intervinieron en ellos, para plasmar en cambio la realidad de la guerra a partir de las directrices del realismo tremendista, y proporcionar la revisión de esos tópicos que fundamentaban la narrativa precedente, a saber: la glorificación de la fuerza, la juventud y las virtudes masculinas; la figura del héroe; el desprecio a la muerte y su posterior culto; y finalmente, la interpretación de la guerra misma, que ya no se ve como una necesidad histórica y moral sino como un estado de terror y barbarie (Paniagua, 1961, p. 129).

La decepción que cunde entre los veteranos divisionarios y que lleva a estos autores a modificar sustancialmente sus novelas con respecto al discurso divisionario contemporáneo a la Guerra Mundial o inmediatamente sucesivo a ella se debe a un conjunto de motivaciones que tienen su correlato en las obras, entre las que destacan *División 250* (1954) y *Camaradas 74* (1975) de Tomás Salvador; *El sol y la nieve* (1956) y *El Sepulturero* (1976) de Rodrigo Royo; *Algunos no hemos muerto* (1957) de Carlos María Ydígoras; y finalmente, *Los hombres se matan así* (1961) de Eleuterio Paniagua. Estas razones tienen, además, vinculaciones con el ideario falangista originario compartido por los novelistas analizados, y con las decepciones que surgieron a raíz de distintas circunstancias histórico-políticas que mutaron con el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial y el contexto mundial de posguerra, especialmente con respecto a la guerra fría. Las más llamativas, como vimos, son la frustración ideológica debida a la derrota de las fuerzas del Eje frente al ejército de la Unión Soviética en suelo ruso y, más en general, frente al bando Aliado; y la caída de los fascismos nacionales en consecuencia del desenlace de la Guerra Mundial. Estos dos acontecimientos tuvieron consecuencias trascendentales en el interior de España, en relación con la influencia política y la capacidad de maniobra de Falange. Como puesto de manifiesto por Sheelagh Ellwood, Falange nunca fue un bloque monolítico, sino que por lo menos estaba compuesta por dos corrientes, la de “quienes se prestaron de todo corazón y sin protestas a colaborar con el régimen” y la de “aquellos que también participaron en el régimen, pero con la vista puesta en hacer que su colaboración fuera el medio para «conducir» el régimen, desde su interior, según la estricta línea falangista”. La victoria de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial y los cambios en la política internacional conllevaron la imposibilidad de éxito de los falangistas más radicales dentro de las jerarquías franquistas (Ellwood, 1984, p. 203), por lo que, a la amargura surgida a raíz de la derrota de su ideario en el contexto europeo y mundial, los más puristas tuvieron que hacer frente a la vez al mismo fracaso en el interior de España.

Simplemente, los falangistas integristas enrolados en la División Azul no tuvieron la posibilidad, ni la capacidad tampoco, de influir en la vida política de la España franquista a su vuelta del frente soviético; su apuesta por la hegemonía interior, que necesariamente tenía que pasar y ser avalada por el éxito de la Alemania nazi en la Guerra Mundial, se tradujo en la práctica en una debacle sin apelación, siendo “Su experiencia [...] la de una generación perdida” (Núñez Seixas, 2016, p. 112). Esto es apreciable en particular en las novelas más tardías, como *Camaradas 74* (1975) de Tomás Salvador y *El Sepulturero* (1976) de Rodrigo Royo, donde los protagonistas lamentan a lo largo de toda la narración su impotencia política, la de aquellos idealistas que intentaron encarrilar al régimen hacia la revolución nacionalsindicalista. En cambio, vieron cómo sus ideales eran

traicionados por un sistema político cínico y burocratizado (Mermall, 1973, p. 53), en el que prosperaban los oportunistas y aquellos que renegaron de sus principios a cambio de su propio acomodo y por medios poco lícitos y hasta corruptos²¹. De aquí el desconcierto de los exdivisionarios, que, todavía incrédulos con su fracaso histórico, político y vital, se preguntan angustiados “qué hacemos nosotros en vigilia tensa, segura y fervorosa, arma al brazo y en lo alto las estrellas, como no sea vigilar los enchufes de los tres mil que han sabido colocarse” (Salvador, 1975, p. 251).

Finalmente, hemos individuado como última causa del desencanto de los veteranos de la División Azul el arrinconamiento y acallamiento de su experiencia bélica dentro del discurso hegemónico del franquismo posterior a la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, debido a la necesidad del régimen de desprenderse de su imagen cercana a los fascismos nacionales para entablar relaciones con los Aliados ganadores.

El resultado de todos estos impulsos, en resumidas cuentas, es una literatura de la que se desprende la profunda amargura vital de los autores y sus narradores y personajes; que exterioriza las razones de ese desencanto, pese a que a veces esas manifestaciones sean amaneradas y aptas para ensalzar la fidelidad de los militantes falangistas a su antigua causa, más que para criticar abiertamente a un régimen al que al fin y al cabo, y salvo contadas excepciones como la de Dionisio Ridruejo, los exdivisionarios optaron por amoldarse; y que se inclina por un repliegue intimista que evita el choque frontal ideológico aunque no esconde la decepción por haber visto traicionados por las jerarquías de la dictadura las promesas y los anhelos que inspiraron a los jóvenes falangistas, y que los empujaron a la guerra en la Unión Soviética en pos de su concreción. Ese fracaso vital rotundo modifica sensiblemente, pues, la narrativa divisionaria de la segunda etapa, que terminará enmendando su discurso originario para cuestionar también los hitos estéticos e ideológicos en que este se fundamentó en los años 40 y 50.

Bibliografía

²¹ Es menester precisar que así fue cómo se presentaron y percibieron los exdivisionarios falangistas más idealizados. En realidad, “La inmensa mayoría [...] se quedó dentro del sistema, con la disculpa de que todavía había esperanzas, pero sobre todo porque fuera no había nada” (Penella, 2006, p. 413), persiguiendo un arreglo personal.

- ALBERT, Mechthild. *Vanguardistas de camisa azul. La trayectoria de los escritores Tomás Borrás, Felipe Ximénez de Sandoval, Samuel Ros y Antonio de Obregón entre 1925 y 1940*. Madrid, Visor Libros, 2003.
- ALEGRE LORENZ, David. "‘Coser y desgarrar, conservar y arrojar’. Visiones del enemigo y estrategias de supervivencia psíquica en la División Azul". *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n. 34, 2012. (pp. 119-144).
- BENJAMIN, Walter. "Tesis de filosofía de la historia" en BENJAMIN, Walter. *Angelus novus*. Granada, Editoriales Comares, 2012. (pp. 37-46).
- BERNECKER, Walther L. "El debate sobre el régimen franquista: ¿Fascismo, autoritarismo, dictadura de modernización?" en MECHTHILD, Albert (ed.) *Vencer no es convencer. Literatura e ideología del fascismo español*. Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 1998. (pp. 29-49).
- BERNECKER, Walther L. – Sören, BRINKMANN. *Memorias divididas. Guerra Civil y franquismo en la sociedad y la política españolas (1936-2008)*. Madrid, Abada Editores, 2009.
- BÖCKER, Manfred. "¿Nacionalsindicalismo o fascismo? El fascismo español de la Segunda república y su relación con los movimientos fascistas en el extranjero" en MECHTHILD, Albert (ed.) *Vencer no es convencer. Literatura e ideología del fascismo español*. Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 1998. (pp. 13-27).
- BLANCO, Juan Eugenio. *Rusia no es cuestión de un día*. Madrid, Publicaciones Españolas, 1954.
- CABALLERO JURADO, Carlos – Rafael, IBÁÑEZ HERNÁNDEZ. *Escritores en las trincheras. La División Azul en sus libros, publicaciones periódicas y filmografía (1941-1988)*. Madrid, Ediciones Barbarroja, 1989.
- CARBAJOSA, Mónica – Pablo, CARBAJOSA. *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange*. Barcelona, Crítica, 2003.
- CELA, Camilo José. *Memorias, entendimientos y voluntades*. Barcelona, Plaza & Janés, 1993.
- DI FEBO, Giuliana. "El "monje guerrero": identidad de género en los modelos franquistas durante la Guerra Civil" en *Las mujeres y la Guerra Civil Española. III Jornadas de estudios monográficos. Salamanca, octubre de 1989*. Madrid, Instituto de la Mujer/Ministerio de Cultura/Ministerio de Asuntos Sociales, 1991. (pp. 202-210).
- ELLWOOD, Sheelagh. *Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1983*. Barcelona, Editorial Crítica, 1984.
- ERRANDO VILAR, Enrique. *Campaña de invierno*. Madrid, Ed. José García Perona, 1943.
- FARRÉ ALBIÑANA, Jaime. *4 infantes 3 luceros*. Tetuán, Tip. Librería Escolar, 1949.

- GÓMEZ TELLO, José Luis. *Canción de invierno en el Este. Crónicas de la División Azul*. Barcelona, Luis de Caralt, 1945.
- HERNÁNDEZ NAVARRO, Antonio José. *Ida y vuelta*. Barcelona, Luis de Caralt, 1946.
- “Julio Ruiz de Alda y su sentimiento de lo español”. *El Fascio. Haz hispano*, 16 de marzo de 1933. (p. 13).
- LAÍN ENTRALGO, Pedro. *Descargo de conciencia (1930-1960)*. Barcelona, Barral Editores, 1976.
- MAINER, José-Carlos. *Falange y literatura. Antología*. Barcelona, RBA Libros, 2013.
- MARTÍN VIGIL, José Luis. *La muerte está en el camino*. Barcelona, Editorial Juventud, 1965.
- MERMALL, Thomas. “Aesthetics and Politics in Falangist Culture (1935-45)”. *Bulletin of Hispanic Studies*, v. L, 1973. (pp. 45-55).
- MORENO JULIÁ, Xavier. *La División Azul. Sangre española en Rusia, 1941-1945*. Barcelona, Crítica, 2015.
- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel. “Los vencedores vencidos. La peculiar memoria de la División Azul, 1945-2005”. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, n. 4, 2005. (pp. 83-113).
- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel. “¿Testigos o encubridores? La División Azul y el Holocausto de los judíos europeos: entre historia y memoria”. *Historia y Política*, n. 26, 2011. (pp. 259-290).
- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel. “La “Cruzada europea contra el bolchevismo”. Mito y realidad”. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n. 34, 2012. (pp. 31-63).
- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel. “Introducción. Dionisio Ridruejo y la experiencia de la División Azul (1941-42)” en RIDRUEJO, Dionisio. *Cuadernos de Rusia. Diario 1941-1942*. Madrid, Fórcola Ediciones, 2013. (pp. 9-51).
- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel. *Camarada invierno. Experiencia y memoria de la División Azul*. Barcelona, Crítica, 2016.
- PANIAGUA, Eleuterio. *Los hombres se matan así*. Madrid, Lorenzana, 1961.
- PENELLA, Manuel. *La Falange Teórica. De José Antonio Primo de Rivera a Dionisio Ridruejo*. Barcelona, Editorial Planeta, 2006.
- PÉREZ BOWIE, José Antonio. *Muerte, ideología y lenguaje*. Zamora, s/n, 1979.
- PETACCO, Arrigo. *L'armata scomparsa. L'avventura degli italiani in Russia*. Milano, Mondadori, 2012.
- POSSI, Valeria. “Idealismo e imaginario falangista en las primeras novelas de la División Azul”. *Castilla. Estudios de literatura*, n. 8, 2017a. (pp. 216-257).
- POSSI, Valeria. “Política y conocimiento: la División Azul en la literatura de los años 40 y 50” en JOUVE MARTÍN, José Ramón – José Manuel, GOÑI PÉREZ (eds.) *Creadores, editores y coleccionistas: mercados y políticas culturales en el mundo hispánico*. Valladolid, Universitas Castellae, 2017b. (pp. 33-53).

- POSSI, Valeria. "De utopías y desengaños: la novelística divisionaria de Rodrigo Royo". *Kamtchatka. Revista de análisis cultural*, n.12, 2018. (pp. 491-510).
- PRADERA, Javier. *La mitología falangista (1933 a 1936)*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2014.
- PRIMO DE RIVERA, José Antonio. "Discurso de la fundación de Falange Española" en *Obras completas. Tomo I. Discursos fundamentales y otros discursos de propaganda*. Madrid: Ediciones F. E., 1939. (pp. 13-26).
- PRIMO DE RIVERA, José Antonio. "Norma programática de la Falange" en *Obras completas. Tomo III. Misión y revolución*. Madrid: Ediciones F. E., 1940. (pp. 93-102).
- REVERTE, Jorge M. "Por qué fueron a Rusia". *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n. 34, 2012. (pp. 15-29).
- RIDRUEJO, Dionisio. *Cuadernos de Rusia. Diario 1941-1942*. Madrid, Fórcola Ediciones, 2013.
- RÍO CISNEROS, Agustín del (ed.) *José Antonio y España. Libro de lectura escolar*. Madrid, Publicaciones del Servicio Español del Magisterio y Ediciones Prensa del Movimiento, 1951.
- RODRIGO, Javier. *Cruzada, paz, memoria. La Guerra Civil en sus relatos*. Granada, Editorial Comares, 2013.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis. "La contribución de la División Española de Voluntarios a la invasión de la URSS". *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n. 34, 2012. (pp. 91-118).
- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio. *Historia de la literatura fascista española*, 2 vols. Tres Cantos, Ediciones Akal, 2008.
- ROYO, Rodrigo. *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos*. Madrid, Gráficas Ultra, 1944.
- ROYO, Rodrigo. *El sol y la nieve*. Madrid, Gráficas Cies, 1956.
- ROYO, Rodrigo. *El Sepulturero*. Madrid, Sedmay Ediciones, 1976.
- RUIZ AYÚCAR, Ángel. *La Rusia que yo conocí*. Madrid, Fuerza Nueva Editorial, 1976.
- RUIZ BAUTISTA, Eduardo. *Los señores del libro: propagandistas, censores y bibliotecarios en el primer franquismo (1939-1945)*. Gijón, Ediciones Trea, 2005.
- SALAS, Ramón. "La División Azul". *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea*. n. 2, 1989. (pp. 241-269).
- SALVADOR, Tomás. *División 250*. Barcelona, Ediciones Domus, 1954.
- SALVADOR, Tomás. *Camaradas 74*. Barcelona, Plaza & Janés, 1975.
- WAHNÓN, Sultana. *La estética literaria de la posguerra. Del fascismo a la vanguardia*. Ámsterdam, Rodopi, 1998.
- WINCKLER, Lutz. *La función social del lenguaje fascista*. Barcelona, Editorial Ariel, 1979.
- YDÍGORAS, Carlos María. *Algunos no hemos muerto*. Madrid, Editorial CYR, 1984.

Valeria Possi

Es doctora en Literaturas modernas, comparadas y poscoloniales por la Universidad de Bolonia. Ha dado clases de Lengua y Literatura españolas en la Universidad de Bolonia y en la Universidad de Valladolid. Sus investigaciones se centran en la novela histórica y testimonial de los siglos XX y XXI.

Contacto: vlr.possi@gmail.com

Recibido: 04/07/2018

Aceptado: 30/03/2019